

Claudia Polzin-Haumann (Bona)

Ilustrados – anti-ilustrados:
La ilustración española y sus adversarios.
Un estudio léxico

1. Observaciones introductorias

Los cualificativos de época son una especie de refugio al que se acoge gente que, aparte de sufrir las inclemencias de un mismo momento, tienen pocos aspectos en común: en el Renacimiento no todos dominaban el latín y el griego de los autores clásicos ni en el Barroco todos los españoles se expresaban como Gracián o Góngora. Al abrigo de un mismo techo acuden muchos individuos y grupos que desentonan de las características dominantes. Entre éstos hay los que ciertamente heredaron equipamientos de sus antepasados y otros que siguen la última moda. Ambos grupos conviven en un mismo espacio (Sánchez-Blanco 1999: 125).

Estas palabras de Sánchez-Blanco ilustran la problemática que implican los conceptos de época.¹ Para la obtención de un denominador común –que seguramente existe– que determina nuestra visión de un siglo, han de sacrificarse los desvíos que son incompatibles con la etiqueta elegida. Por lo tanto, el uso imprudente de un concepto como *ilustración* lleva implícito el riesgo de que los hechos históricos sean medidos por el mismo rasero; así, se asocian al período que nos ocupa determinados términos acuñados, pero no existe un perfil claro.

Las cosas se complican cuando los conceptos de época se extienden allende las fronteras o al menos cuando se usan en países diferentes. Entre el español *ilustración*, el alemán *Aufklärung*, el francés *lumières* y el portugués *luzes*, *ilustração* o *iluminismo* existen importantes diferencias, no sólo en lo que respecta a la cronología. Extremadamente diferentes son las condiciones en los diferentes países, los problemas propios de la época y los participantes en las discusiones sobre ellos. Así, los términos se refieren a realidades diferentes y expresan, en consecuencia, contenidos diferentes. Resultan coincidentes sólo en lo que concierne a rasgos generales. En primer lugar se trata aquí de una característica específicamente nacional. Es cierto que

1 Se prescinde aquí de una discusión del concepto de época; véanse para ello los artículos de Bahner (1976) y Gumbrecht / Link-Heer (1985), esp. Steinwachs (1985).

Ricken (1990) ha elegido como título para su libro la fórmula de una “ilustración europea”, pero en primer plano se encuentran aquí las manifestaciones concretas de la ilustración o, para ser más preciso, de la reflexión metalingüística ilustrada en diferentes países, y las convergencias se perciben considerando la situación particular de cada país.² Lo que se debería evitar es, pues, colegir simplemente del término una serie de semejanzas o características comunes.

En la investigación romanista son bien conocidas las dificultades que implica la traducción o la aplicación del concepto de *ilustración* a diferentes países. Ulrich Ricken, por ejemplo, ha advertido en reiteradas ocasiones de la importancia de una historia comparativa de este concepto (1992; 2002). Según Ricken, las diferencias en la estructuración del léxico en las diferentes lenguas son demasiado importantes como para soslayar su contextualización. En nuestro trabajo utilizaremos, pues, los términos correspondientes con la mayor cautela, conscientes de las divergencias interculturales anteriormente mencionadas.

La discusión en torno al concepto de *ilustración* nos muestra la necesidad de un manejo delicado de los conceptos en general. Por ello nos ocupamos en nuestro estudio de las denominaciones de los críticos y enemigos de la ilustración. En la investigación sobre este tema nos topamos con una gran diversidad de expresiones tanto entre los partidarios de la ilustración como entre sus críticos y enemigos: muy propagado está claramente el término *ilustrados*; además se habla de *librepensadores* (Sánchez-Blanco Parody 1991: 134) o *filósofos* (Sánchez-Blanco Parody 1991: 257); hablando de los críticos y enemigos se usan, entre otras, expresiones como *anti-ilustrados* y *antifilósofos/antifilosofía* (Sánchez-Blanco Parody 1991: 257). Se trata en parte de expresiones al uso durante la época y en parte de expresiones acuñadas en retrospectiva. Pero a menudo no se diferencia explícitamente entre las dos; aparte de eso no queda claro a qué (grupo de) personas se refiere cada expresión. Otro problema lo plantea la imposibilidad de comparación: los diferentes autores eligen (sin hacer explícita su elección) distintas especificaciones. Éstas se corresponden con un —en sí legítimo, pero con frecuencia tampoco explícitamente mencionado— punto de vista concreto. Esto complica todo intento de comprender la situación en su totalidad.

2 Con razón Jüttner / Schlobach (eds.) (1992) hablan de *ilustración(es) europea(s)*.

En primer lugar parece importante estudiar la situación en su contexto histórico-cultural contemporáneo. ¿Cómo se denominaban a sí mismos los respectivos grupos opuestos? ¿Qué connotaciones y contextos de uso caracterizan dichas denominaciones? ¿Y coinciden las expresiones usadas hoy en día para la caracterización de ciertos grupos sociales con las de la época? Estas preguntas constituyen el punto de partida para la investigación empírica de textos contemporáneos seleccionados. La ejemplificación se realiza en primer término para el español.

2. *¿Ilustrados – anti-ilustrados?*

Un intento de acercamiento a una época compleja

Habitualmente se llama *ilustrados* a los partidarios del movimiento intelectual de la ilustración y *anti-ilustrados* a sus críticos o enemigos. ¿Pero a qué grupos de personas se refieren estos términos?

Domínguez Ortiz (1976: 13-48), por ejemplo, hace un retrato de la profunda división en el seno de la sociedad española de las primeras décadas del nuevo siglo: la recién finalizada guerra civil y los primeros pasos bajo la nueva dinastía son dos factores que explican que en esta sociedad se enfrentaran dos posiciones fundamentalmente diferentes y que fueran inevitables divergencias extremas. Es obvio que los que –en diferentes campos, como las ciencias naturales, la medicina y la retórica– se oponen al orden existente y propagan nuevas ideas o métodos, es decir, aquellos denominados *ilustrados*, no actúan en un movimiento estructurado. No forman un grupo homogéneo con objetivos o ideas uniformes. La ilustración tampoco la abandera una única capa social (Sánchez-Blanco 1999: 127). Esto se muestra al echar un vistazo a los agentes centrales de la reflexión metalingüística: una parte importante la constituyen miembros del clero (por ejemplo Feijoo, Sarmiento, San Pedro), junto a militares (Capmany) y juristas (Jovellanos, Mayáns). A diferencia de lo que sucede en Francia, la ilustración española no la abandera el tercer estamento, sino la nobleza media en gran parte. La afirmación a menudo repetida de que la ilustración en el fondo se llevó a cabo por “los de arriba”, es decir, por parte de los dirigentes políticos, debería ser matizada, entre otras cosas dados los problemas de Gregorio Mayáns i Siscár con los círculos políticos de Madrid. Pero, sin duda, la ilustración española, en espe-

cial bajo el reinado de Carlos III, es apoyada en puntos decisivos por la Corona.

Un aspecto central que marca de manera determinante la vida intelectual de la época reside en la apertura cultural de España hacia Europa, en especial hacia Francia. Así, en diferentes campos se transmiten impulsos importantes, en la reflexión metalingüística, por ejemplo, a través de la recepción de las teorías sensualistas³ o por medio del análisis de los problemas derivados del contacto entre lenguas que se plantean ante el gran número de traducciones en esta época.

En trabajos recientes también se discute la cuestión de quiénes han de ser contados, en general, entre los *ilustrados*. Durante mucho tiempo se situó en esta categoría a todos aquellos autores que se mostraban algo críticos con los comportamientos y condiciones de la época. Frente a esto, Sánchez-Blanco (1999: 332-333) sostiene una posición muy decidida cuando exige cierta sistematización para justificar tal clasificación:

Ilustrados no fueron todos los que disponían de cierta cultura y expresaron alguna que otra crítica puntual, sino aquellos que sometieron al análisis de la razón la realidad social sin doblegarse al dictado de la tradición; los osados que superaron el miedo a la autoridad y los que tienen coraje suficiente para pensar por sí mismos; los que dejan de reverenciar lo vigente y proponen proyectos apoyándose en argumentos de experiencia y de utilidad. [...] Si esa radicalidad no se estima convenientemente se cae en el absurdo de identificar las Luces con el despotismo carolino y con realizaciones tecnocráticas al alcance de un ingeniero de caminos, canales y puertos.

En consecuencia critica las opiniones de Jean Sarrailh o Antonio Mestre, entre otros, sobre el siglo XVIII, diciendo que estos destacaban demasiado el aspecto de la continuidad. Ambos evitaban admitir rupturas intelectuales y sociales; más bien se buscarían en los autores tratados siempre las raíces “españolas” en el pasado. Solamente el hecho de que, por ejemplo, Mayáns i Siscár criticara el Barroco, bastaría para ponerle la etiqueta de *novator* o bien de *ilustrado* (Sánchez-Blanco 1999: 129-130) – injustamente, como dice el autor.

3 Básicamente se ha de señalar que la recepción y la divulgación de las ideas de Hobbes y en especial de Locke como posiciones contrarias a las de Descartes y Port-Royal (Ricken 1990: 10, 24) en España confluyeron por el modo en que las trasladan Condillac y más tarde los ideólogos. De este modo se encuentra en autores como Jovellanos una mezcla compleja de diferentes posiciones teóricas y metodológicas (Haßler 1990: 158-163).

A esta crítica sobre la clasificación usual de Gregorio Mayáns i Siscár –sea legítima o no– se pueden añadir otros ejemplos. A muchos protagonistas de la reflexión metalingüística de aquella época se les clasifica de forma diferente. Mencionemos, por ejemplo, a Antonio de Capmany, quien según Neu-Altenheimer (1987: 187) pertenece al grupo de los *afrancesados*, y a quien Rubio (1937: 204), en cambio, cuenta entre los *galófobos*, o a Juan Pablo Forner, a quien Krauss (1973: 18) llama “anti-ilustrado”, y a quien López (1987b: 849) no quiere contar entre los “representantes del pensamiento reaccionario tradicionalista”. Estas clasificaciones considerablemente divergentes se pueden justificar en parte alegando que se alude a etapas diferentes en la vida de un autor, sin que se tome nota de su evolución (resulta obvio en el caso de Capmany). En otros casos da la impresión de que las citadas clasificaciones tienen su origen en una quizás excesiva inclinación a realizar ordenamientos inequívocos en categorías aparentemente claras marcadas por denominaciones asimismo claras. Precisamente en personalidades como Juan Pablo Forner, que, por una parte, mantuvo polémicas discusiones con muchos contemporáneos ‘ilustrados’ pero que, por otra parte, valoraba de un modo muy realista la situación de España gracias a sus sólidos conocimientos, tal empresa se enfrenta a considerables dificultades.

Renunciamos aquí a hacer una descripción detallada de los grupos enfrentados con sus respectivas posiciones y argumentos, dado que en lo que respecta a este tema existen estudios detallados (véanse entre otros Herr 1964: 165-194, Herrero 1971, Egido 1989, Sánchez-Blanco Parody 1991: 256-304, Tietz 2002). Nos contentaremos con una visión general sobre los tres grupos más importantes. Por un lado la vieja aristocracia, que ve en peligro sus posiciones por la secularización del Estado. Existe además una resistencia enorme dentro del clero,⁴ especialmente sensible a las reformas educativas perseguidas por Carlos III. Una facción fuerte dentro de este grupo lo constituyen indudablemente los jesuitas hasta su expulsión. Por último ha de ser nombrada la institución de la Inquisición que, aunque debilitada en comparación con épocas anteriores, no se debe subestimar, sobre todo

4 Se debe subrayar que aquí no se trata de un grupo homogéneo, sino de un grupo extremadamente complejo. Impulsos decisivos para la ilustración provinieron también de representantes del clero.

en cuanto a la autocensura,⁵ que influyó en el movimiento de la Ilustración en España, al menos en sus principios y probablemente también en su desarrollo.

Resulta obvia la heterogeneidad de los críticos y adversarios de la ilustración. En esta categoría se reúnen los miembros de muy diferentes grupos sociales que, encontrándose en situaciones totalmente distintas, se ocupan de cuestiones “ilustradas” por razones individuales muy particulares. Por consiguiente, persiguen objetivos diferentes por motivos diferentes. Esto explica la variedad de los argumentos que se presentan en los debates anti-ilustrados. Además, no todos los representantes del tradicionalismo rechazan completamente las distintas formas de ilustración en su país (Haßler 2002: 16). Dicho sea de paso, tampoco la palabra clave *tradición* carece de ambivalencia. Por un lado, puede referirse al propio Siglo de Oro, a su lengua y literatura –y posiblemente también caracterizar la grandeza y el poder políticos que definen España en contraste con su insignificancia en lo referente a la política exterior dos siglos después–; por otro lado, la palabra *tradición* puede hacer referencia a una fuente latina (o más raramente griega).

3. Los críticos y adversarios de la ilustración española: estudios léxicos

Como los aspectos referentes al contenido están relativamente bien estudiados (cf. *supra*), intentaremos en lo que sigue analizar el amplio espectro léxico de las denominaciones referentes a los críticos y enemigos de la ilustración usadas en aquella época, del modo en que lo hace Álvarez de Miranda (1992) con conceptos muy frecuentes en el período entre 1680 y 1760. El análisis léxico de las expresiones en sus contextos de uso nos permitirá documentar la complejidad de las posiciones e interpretarlas a la luz del trasfondo de la época. Otro objetivo es el de relacionar la terminología dieciochesca y la de la investigación moderna.

5 Así, por ejemplo, escribe Moratín en una carta a Forner: “Créeme, Juan, la edad en que vivimos nos es muy poco favorable. Si vamos con la corriente y hablamos el lenguaje de los crédulos, nos burlan los extranjeros, y aun dentro de casa hallaremos quien nos tenga por tontos; y si tratamos de disipar errores funestos y enseñar al que no sabe, la Santa y General Inquisición nos aplicará los remedios que acostumbra” (Defourneaux 1973: 215).

3.1 Lexicografía dieciochesca

Observemos, para empezar, las fuentes lexicográficas más importantes del siglo XVIII, el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739) y el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes* de Terreros y Pando (1786-1793), que han sido analizados en referencia a las siguientes expresiones (en orden alfabético): *afrancesado*, *antifilosofía/antifilósofo*, *anti-ilustrado*, *castizo*, *enciclopedismo*, *enciclopedista*, *ilustrar*, *ilustración*, *innovador*, *librepensador*, *moderno*, *novator*, *purista*, *restaurador*, *tradición*, *tradicionalista*.

En el *Diccionario de Autoridades* (III 1732: s.v.) se mencionan diferentes variantes semánticas de *ilustrar*, que Álvarez de Miranda (1992: 183-195) completa mediante un análisis de textos hasta 1760 (por ejemplo por la referencia a personas). Hay que tener en cuenta que *ilustrar* tiene significados diferentes que en parte se solapan. Por lo tanto, no se debe equiparar automáticamente *ilustrado* con el alemán *aufgeklärt*, sobre todo porque *ilustrar* está ejemplificado también en contextos religiosos (Álvarez de Miranda 1992: 187). Para nosotros es importante, sobre todo, el significado de “Dar luz, ó aclarar alguna cosa, ya sea materialmente, ya en sentido espiritual de doctrina, ó ciencia” junto al de “vale también engrandecer, ó ennoblecer alguna cosa”,⁶ dado que aquí parece dibujarse un sentido específico de época, libre del contexto religioso. Pero, en efecto, en el *Diccionario de Autoridades* no se encuentra *ilustrado* como entrada propia, sino sólo la referencia “part. pas. del verbo ilustrar en sus acepciones” (s.v.). En la edición en un tomo de 1780 encontramos exactamente lo mismo. Aquí se pueden apreciar diferencias claras respecto a Terreros y Pando (1786-1793), que da bajo *ilustrar* “condecorar, aclarar, instruir, enseñar” (II, 1787: s.v.). Esto demuestra que no se puede hablar de un significado fijo y perfilado.

Afrancesado aparece registrado por vez primera en el diccionario académico de 1780 como “adj. que se aplica al que imita con afectación las costumbres, ó modas de los Franceses” (s.v.); *Antifilósofo/antifilosofía*, *anti-ilustrado*, *librepensador* y *tradicionalista* no se mencionan en ninguno de los diccionarios.

Revelador es el caso de *novator*. Con frecuencia se usa este término en los trabajos de investigación para referirse a los primeros ilus-

6 En todas las citas se respeta la ortografía de las fuentes usadas.

trados. Sobre todo el período entre la muerte de Calderón (1681) y el comienzo de la actividad literaria de Feijoo (1726) –poco estudiado en lo que respecta a la reflexión metalingüística– se denomina a menudo “época de los *novatores*” (Abellán 1981: 283-461, sobre todo 342ss.), y ello con connotaciones positivas. Pero según Sánchez-Blanco (1999: 130s.), en aquella época *novator* se entendía al principio como un insulto. El mismo autor nos relata, examinando el caso del jesuita Pedro Calatayud, que a mediados de siglo éste hacía extensivo el adjetivo *novator* a todos los librepensadores que hablaran con falta de humildad de ideales religiosos en tertulias y salones (Sánchez-Blanco 1988). En el *Diccionario de Autoridades* aparece en este sentido “inventor de novedades”, pero también se añade “Tómase regularmente por el que las inventa peligrosamente en materia de doctrina” (IV, 1734: s.v.; del mismo modo 1780). Terreros y Pando (II, 1787: s.v.) se limita a “el que introduce alguna novedad” y especifica “Más comunmente se dice en Cast. Novatores en pl.”. Finalmente se encuentra aquí la referencia a *innovador*: “otros dicen Novatores, pero es de mal uso”. La entrada en el diccionario de la Academia muestra claramente la connotación negativa del lexema *novator*. Terreros y Pando parece más neutral. ¿Se refleja en las diferentes posiciones un verdadero cambio en la valoración? ¿O bien se debe llegar a la conclusión de que la lexicografía académica traduce una reserva más marcada en lo que se refiere a últimas tendencias? Un tema tan complejo merece un estudio más profundo que el que nos permite este trabajo.

Según Sánchez-Blanco (1999: 131), los primeros protagonistas de la ilustración se consideran básicamente *restauradores* que, en vista de su decadencia, quieren devolver a España el antiguo esplendor de su cultura, ya fuera en el campo de la ciencia, de la lengua o de la literatura. Esta posición se encuentra claramente, por ejemplo, en Mayáns i Siscár, para quien el siglo XVI, con autores como Luis de León, Luis de Granada y otros, representa el punto culminante de la vida intelectual española. Expresiones como *restaurador* o el equivalente *innovador* aparecen registrados en fuentes lexicográficas de un modo muy general: “El que restaura” (DRAE V, 1737: s.v.) y “El que innova, introduce ó causa alguna novedad” (IV, 1734: s.v.); de manera semejante en Terreros y Pando (III, 1788: s.v.), en el cual en *innovador* se puede leer: “En cast. se suele decir, tomado del Lat., en lugar de *innovador*, é *innovadores*, *novator*, y *novatores* (II, 1787: s.v.).

Esto indica que el autor no reconoce diferencias en cuanto al contenido, sino solamente de uso entre las expresiones.

Con referencia a posiciones metalingüísticas, Lázaro Carreter (²1985: 259) diferencia entre “casticismo” y “purismo”: “[...] el *casticismo* es una fuerza activa surgida en la primera mitad del siglo XVIII, por acción de la Academia y del neoclasicismo, cuyo fin es resucitar el pasado lingüístico nacional, basando en él toda la literatura posterior”, mientras que “[...] el *purismo* no es otra cosa que la faceta negativa de esa actitud, destinada a rechazar la intromisión de vocablos nuevos, procedentes de otras lenguas o de una creación personal”. *Purismo* y *purista* faltan completamente en el diccionario de la Academia; respecto a *castizo* se indica “Lo que es de origen y casta conocida, de cuyo nombre se formó”, o sea *Estilo castizo* “Se llama el que es puro, natural y limado, sin mezcla de voces extrañas” (s.v.). En la edición de 1780 esto se reduce a “Lo que es de buen origen y casta” y *estilo castizo* “El puro natural sin mezcla de voces, ni frases extrañas” (s.v.). Aceptaciones semejantes las proporciona Terreros y Pando (I, 1786: s.v.): *castizo* “lo que es de buena raza, o linaje” y *castizo*, estilo “puro, propio, natural, expresivo, castigado, correcto”. Así, en ambos casos, la referencia al propio pasado establecida por Lázaro Carreter no está documentada explícitamente en la lexicografía. Terreros y Pando registra *purista* como “el que habla con mucha pureza alguna lengua”, y añade: “También lo toman algunos por el modo de hablar afectado”. En estas palabras se podría reflejar la “faceta negativa” indicada por Lázaro Carreter. Pero bajo *purismo* el diccionario indica solamente “modo de hablar con pureza y correctamente”.

En resumen, tenemos que constatar que las fuentes lexicográficas son solamente en parte informativas para nuestro planteamiento. Trataremos, pues, de poner de relieve el espectro de uso de estas expresiones mediante análisis de textos.

3.2 Análisis de textos ejemplares

Los siguientes análisis se han efectuado utilizando el corpus diacrónico de la Real Academia Española (*Corpus Diacrónico del Español*, CORDE; cf. <www.rae.es>) que ha sido analizado sistemáticamente en lo que se refiere a las expresiones seleccionadas (cf. *supra* 3.1.)

Para empezar, hemos de constatar que muchas expresiones ni siquiera están documentadas, así todas las palabras compuestas que

contienen *anti-* (*anti-ilustrado*, *antifilósofo*, *antifilosofía*), tampoco *tradicionalista*, *novator* (también en plural), *innovador*. También en los casos de *casticismo* y *purismo* las consultas dieron resultados negativos; por el contrario, los adjetivos correspondientes sí están documentados: *castizo* nueve veces, *purista* una vez. *Restaurador* se puede documentar en siete casos, pero aquí se confirman los resultados de los análisis lexicográficos, en tanto que en los contextos de uso no se puede reconocer ninguna especialización semántica en lo que respecta a aspectos metalingüísticos (en general). *Enciclopedismo* no está documentado; *enciclopedista* una vez. *Afrancesado* aparece solamente dos veces, lo que sorprende teniendo en cuenta el papel central de este grupo. En cambio, las dos expresiones *ilustrado* (29) e *ilustración* (19) están representadas en los textos de manera recurrente.

¿Cómo se han de interpretar estos resultados? Obviamente, las posiciones críticas y negativas se formulan de manera diferente. Las estrategias que se persiguen llegan a ser comprensibles si se consideran los contextos de uso, como ilustran los siguientes ejemplos.

En primer lugar, llama la atención la asociación en el nivel textual de sintagmas neutros como, por ejemplo, *este siglo*, con expresiones que contienen un juicio negativo. De este modo, unos sintagmas en principio meramente descriptivos y libres de valoración adquieren un valor claramente negativo; cf. por ejemplo:

(1) La decadencia de tu patria en este siglo es capaz de demostración con todo el rigor geométrico (Cadalso, José: *Cartas marruecas*, 1773-1774, ed. 1993: 94);

(2) [...] y en nada se deja conocer mejor la infelicidad de este siglo que en esta transformación y metamorfosis (Torre Villarroel, Diego de: *Visiones y visitas con Don Francisco Quevedo por la corte*, 1727-1728, ed. 1991: 339).

Hasta el básicamente positivo *ilustrado* puede sufrir de esta manera una dinámica negativa, como prueban los siguientes pasajes:

(3) ¡Que tengan valor muchos, viendo a estos daños, de llamar a este siglo ilustrado. Por si se enmienda, con mi crítica siglo llena de pena (Anónimo: *La España antigua. Tonadilla a solo*, 1785, ed. 1932: 210);

(4) [...] pobre Virgilio, infeliz Horacio, cuitados Terencio y Plato, desdichados Tasso, Fenelón, Camoes y tantos hombres sabios que admira y venera el buen gusto, el juicio y la razón! Si escribierais en este siglo ilustrado, encontraríais tal vez periodistas que os acusarían de haber traído lo que tan diestramente habéis imitado (García Malo, Ignacio:

Voz de la naturaleza. Memorias o anécdotas curiosas e instructivas. [...], 1787-1803, ed. 1995: 390).⁷

Aparte de eso, los textos muestran que un adjetivo como *moderno*, para el que las obras lexicográficas de la época indican definiciones sin evaluación (“Lo que es ó sucede de poco tiempo a esta parte”, DRAE IV 1734: s.v.; “nuevo, reciente”, Terreros y Pando, II, 1788: s.v.), aparece en el uso recurrentemente con valor negativo, por ejemplo:

(5) diga lo que dijere cierto semiautorcillo moderno (Isla, José de: *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas alias Zotes*, 1758, ed. 1992: 263);

(6) [...] aunque un moderno [...] quiera decir que esto, de los ecos es invención pueril, ridícula y de ayer acá, le diré yo en sus mismas barbas que ya en tiempo de Marcial era muy usado entre los griegos [...] (ibíd.: 240);

(7) obra de algún ignorante moderno (Cavanilles, Antonio José: *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del reyno de Val* [...], 1795: § 84);

(8) la mentira de ese autor moderno (Mayáns i Siscár, Gregorio: *Vida de Miguel Cervantes Saavedra*, 1737, ed. 1984).

No cabe duda de que también existen evaluaciones positivas, por ejemplo:

(9) hombres ajenos de todo el lujo moderno (Cadalso, José: *Cartas marruecas*, 1773-1774, ed. 1993: 257);

(10) hay una plaza con un grande edificio moderno de buen gusto (Fernández de Moratín, Leandro: *Viaje a Italia*, 1793-1797, ed. 1991: 111).

Bien documentado está también un uso de *moderno* en contraposición a *antiguo*, que normalmente no implica ninguna devaluación del hecho descrito como “moderno”, como en:

(11) haciendo relación del estado antiguo y moderno de esta Sta. Iglesia (Anónimo: *Documentos sobre la música en la catedral de Sigüenza*, 1714-1750, ed. 1998: § 5781).

Pero, en líneas generales, salta a la vista que *moderno* está atestiguado sobre todo en contextos en los que se trata de ideologías o de métodos, como indicador de una actitud crítica, negativa o desfavorable. En este sentido constituye un equivalente potencial de expresiones

7 Ya Rincón (1973) indicó que el campo semántico de *ilustración* había sido divulgado en el siglo XVIII para referirse a la ‘nueva’ época, y esto con un valor tanto positivo como negativo.

negativas (no documentadas). Los casos en los que se transmite una valoración positiva, o bien se hace una afirmación neutra, se pueden situar en campos como el de la arquitectura, lo militar y los viajes.

Una función análoga se observa también en el caso de *enciclopedista*, que aparece con connotaciones claramente negativas, como se desprende del siguiente ejemplo:

(12) este enciclopedista, como él se llama, o este corrector universal de todo el género humano, como le llamo yo (Isla, José de: *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas alias Zotes*, 1758, ed. 1992: 146).

Este pasaje da un juicio muy peyorativo de un comportamiento característico de la época, tachando a la persona de “sabelotodo”.

Algo parecido se puede constatar también respecto a *afrancesado*. Los dos casos documentados traducen juicios negativos. Así se constata, por ejemplo:

(13) que nos han afrancesado nuestro purísimo y elegantísimo idioma tanto que, si ahora resucitaran nuestros abuelos, apenas nos entenderían (ibíd.:700).

Aquí llama la atención la forma de participio, frente al uso actual como sustantivo en primera instancia (para caracterizar a cierto grupo social).

Analicemos ahora las valoraciones específicamente metalingüísticas de *purista* y *castizo*. El primer término no está documentado con valor negativo, contrariamente a lo que constata Lázaro Carreter (²1985: 259, cf. *supra*). En la (por desgracia) única ocurrencia en el corpus no se puede llegar a una interpretación unívoca de *purista*:

(14) De francés y castellano hicieron tal pepitoria, que al cabo ya no sabían hablar ni una lengua ni otra. El francés del español tomó voces, aunque pocas; el español al francés casi se las toma todas. [...] Llegó a pedir en francés los garbanzos de la olla, y desde el balcón de enfrente una erudita cotorra la carcajada soltó, haciendo del loro mofa. El respondió solamente, como por tacha afrentosa: “Vos no sois que una purista.” Y ella dijo: “A mucha honra” (Iriarte, Tomás de: *Fábulas literarias*, 1782, ed. 1992: 126).

En estas palabras podríamos constatar una evaluación positiva, pero dado el galicismo sintáctico se podría pensar también en un juicio irónico y por eso más bien negativo. Por supuesto tenemos que analizar más datos para llegar a una conclusión definitiva.

Castizo se equipara, por un lado, sin precisar con ayuda de otros atributos, con el castellano, por ejemplo:

(15) como dice nuestro castizo idioma (Isla, José de: *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas alias Zotes*, 1758, ed. 1992: 719);

(16) hablar en castizo español a un extranjero (Fernández de Moratín, Leandro: Traducción de *Hamlet*, de Shakespeare, 1798, ed. 1825: 4);

(17) en nuestro idioma castizo (Anónimo: *Vexamen en pie de romance, de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, 1779-1780, ed. 1993: 249).

Por otro lado, aparece con atributos connotados positivamente, como en:

(18) el natural decir de todos éstos, castizo, inteligible y de todas maneras agradable (Mayáns i Siscár, Gregorio: *Vida de Miguel Cervantes Saavedra*, 1737, ed. 1984: 297);

(19) todo conocimiento de lo que es idioma castellano puro, castizo y verdadero (Isla, José de: *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas alias Zotes*, 1758, ed. 1992: 555).

En los siguientes ejemplos, *castizo* aparece valorado positivamente y caracterizado de un modo especial:

(20) Si reconoces que de tan inhumana jerigonza nada se entiende, y te quedaste a oscuras, quema tus libros y renuncia al pacto, y hasta que aprecias el hablar castizo de tus abuelos [...] (Fernández de Moratín, Leandro: *Poesías completas*, 1778-1822, ed. 1995: 383 siguiente);

(21) pero habrá quien piense que no hable castizo si por lo anticuado lo usado no deja (Iriarte, Tomás de: *Fábulas literarias*, 1782, ed. 1992: 186).

En ambos casos resulta obvia la conexión del adjetivo con un estadio de la lengua más antiguo. Aquí parece confirmarse la posición de Lázaro Carreter (cf. *supra*), que había situado la característica central del *casticismo* en su referencia al pasado lingüístico nacional.

4. Conclusión y perspectivas

En primer lugar, debemos hacer constar que la documentación en el CORDE parece relativamente escasa. No se puede hablar de una base léxica amplia para la denominación de los críticos o adversarios de la ilustración, por lo menos según los resultados que hemos puesto de relieve mediante el corpus utilizado. Pero dado que –como es bien sabido– el CORDE constituye un corpus textual muy amplio, que recoge textos escritos de muy diferente género (divididos en prosa y verso y, dentro de cada modalidad, en textos narrativos, líricos, dramáticos, científico-técnicos, históricos, jurídicos, religiosos, periodis-

ticos, etc.), parece poco probable que se llegue a resultados considerablemente diferentes trabajando con otro corpus textual.

Por consiguiente, se plantea la cuestión de si los diferentes grupos no emplean denominaciones para autodesignarse.⁸ Pero, en este caso, en vista de las numerosas polémicas de la época, las correspondientes expresiones deberían estar documentadas como denominaciones empleadas por los miembros de los grupos enfrentados. Asimismo parece posible que faltara entre las personas afectadas un alto grado de identificación con un grupo de oposición determinado, es decir, que los autores actuaran más bien a título individual. Otra explicación podría encontrarse en la desunión de las diferentes agrupaciones, de manera que una denominación común (que tendría cierto carácter unificador) no se percibiera como necesaria, ni siquiera adecuada. Así, 'nadar entre dos aguas' mediante adjetivos corrientes como *moderno* se percibió aparentemente como la estrategia adecuada. *Moderno* adquiere una significación positiva o negativa sólo por su delimitación en el nivel textual.

En todo caso, las líneas que dividen a los partidarios y a los adversarios de la ilustración parecen mucho más profundas en un análisis retrospectivo que según lo que muestran los textos de la época. Los análisis textuales nos hacen concluir que el espectro terminológico de la investigación moderna para referirse a los críticos y enemigos de la ilustración es mucho más diferenciado que en la época de estudio. Así, estas conclusiones ilustran el problema que conlleva la descripción de circunstancias históricas con designaciones 'modernas'. Con estas designaciones se señalan implícitamente contenidos que no necesariamente se inscriben en las posiciones descritas. Además, no tener en cuenta las posibles divergencias en las connotaciones de la época estudiada frente a las connotaciones actuales puede conducir a evidentes valoraciones erróneas, como lo demuestra el ejemplo de *novator*.

En resumen, las expresiones *ilustrados* y *anti-ilustrados* se muestran apenas perfiladas y adecuadas solamente como 'denominadores comunes' pero, por otro lado, tienen la ventaja, precisamente a causa de esa imprecisión, de que se pueden subordinar a ellas diferentes posiciones. Así, los matices quedan —en cierto modo a la fuerza— por

8 Por nombrar un caso semejante, es sabido que en el *français fondamental* faltan las denominaciones para muchos objetos de la vida cotidiana, que sin duda forman parte del vocabulario básico, dado que estos objetos se utilizan, pero no reciben ninguna denominación.

precisarse, indicándose en un primer paso solamente la tendencia fundamental que caracteriza a un autor. De este modo se evitan clasificaciones precipitadas y superficiales que posiblemente no serían exactas.

Es de esperar que con estudios léxicos detallados, como los aquí presentados a modo de ejemplo, se puedan aclarar los aspectos de la ilustración española que hasta la fecha permanecen en gran parte envueltos en la oscuridad.

Bibliografía

- Abellán, José Luis (1981): *Historia crítica del pensamiento español*, t. III: *Del Barroco a la Ilustración (Siglos XVII y XVIII)*, Madrid: Espasa Calpe.
- Alvarez de Miranda, Pedro (1992): *Palabras e ideas: el léxico de la ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid: Real Academia Española (Anejos del Boletín de la Real Academia Española; LI).
- Bahner, Werner (ed.) (1976): *Renaissance – Barock – Aufklärung. Epochen- und Periodisierungsfragen*, Kronberg/Ts.: Scriptor.
- CORDE: *Corpus Diacrónico del Español* <<http://www.rae.es>> (15.02. 2006).
- Defourneaux, Marcelin (1973): *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid: Taurus.
- Domínguez Ortiz, Antonio (1976): *Sociedad y estado en el siglo XVIII español*, Barcelona: Ariel.
- Egido, Teófanés (1989): “Los anti-ilustrados españoles”, en: Mate, Reyes / Niewöhner, Friedrich (eds.): *La ilustración en España y Alemania*, Barcelona: Anthropos, pp. 95-119.
- Frank, Christoph / Hänsel, Sylvaine (eds.) (2002): *Spanien und Portugal im Zeitalter der Aufklärung*, Frankfurt/Main: Vervuert.
- Gumbrecht, Hans-Ulrich / Link-Heer, Ursula (eds.) (1985): *Epochenschwellen und Epochenstrukturen im Diskurs der Literatur- und Sprachgeschichte*, Frankfurt/Main: Suhrkamp.
- Haßler, Gerda (1990): “Sprachtheoretische Fragestellungen als Gegenstand der spanischen Aufklärung”, en: Ricken, Ulrich (ed.), pp. 141-177.
- Haßler, Gerda (2002): “Sprachbewußtsein und Tradition in der spanischen und portugiesischen Aufklärung”, en: Frank, Christoph / Hänsel, Sylvaine (eds.), pp. 15-29.
- Herr, Richard (1964): *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid: Aguilar.
- Herrero, Javier (1971, ²1973): *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid: Edicusa.
- Krauss, Werner (1973): *Die Aufklärung in Spanien, Portugal und Lateinamerika*, München: Fink.

- Lázaro Carreter, Fernando (²1985): *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, prólogo de Manuel Brea Claramonte, Barcelona: Crítica (¹1949, Madrid, RFE, Anejo XLVIII).
- Lopez, François (1987a): “La resistencia a la ilustración: bases sociales y medios de acción”, en: Menéndez Pidal, Ramón (ed.), Madrid: Espasa Calpe, pp. 767-812.
- Lopez, François (1987b): “El pensamiento tradicionalista”, en: Menéndez Pidal, Ramón (ed.), Madrid: Espasa-Calpe, pp. 813-851.
- Menéndez Pidal, Ramón (ed.) (1987): *Historia de España*, t. XXXI: *La Epoca de la ilustración*, vol. I: *El estado y la cultura (1759-1808)*, Madrid: Espasa Calpe, pp. 767-812.
- Mestre, Antonio (1987): *Influjo europeo y herencia hispánica. Mayáns y la ilustración valenciana*, Valencia: Diputación (Publicaciones del ayuntamiento de Oliva, Serie menor; 6).
- Mestre, Antonio (1990): *Mayáns y la España de la ilustración*, Madrid: Espasa Calpe.
- Neu-Altenheimer, Irmela (1987): “Anmerkungen zur Lehre von der Eloquencia in Spanien im 18. Jahrhundert”, en: Niederehe, Hans-Josef / Schlieben-Lange, Brigitte (eds.): *Die Frühgeschichte der romanischen Philologie: von Dante bis Diez. Beiträge zum deutschen Romanistentag in Siegen, 30.9.-3.10. 1985*, Tübingen: Narr, pp. 187-200.
- Real Academia Española (1726-1739): *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*, Madrid, en la imprenta de Francisco de Herrero, edición facsímil Madrid 1963: Gredos [Diccionario de Autoridades].
- Real Academia Española (1780): *Diccionario de la lengua castellana reducido a un tomo, para su más fácil uso*, Madrid, Joaquin Ibarra, facsímil de la primera edición, introducción de Manuel Seco, Madrid 1991: Real Academia Española [DRAE].
- Ricken, Ulrich (ed.) (1990): *Sprachtheorie und Weltanschauung in der europäischen Aufklärung. Zur Geschichte der Sprachtheorie des 18. Jahrhunderts und ihrer europäischen Rezeption nach der Französischen Revolution*, Berlin: Akademie.
- Ricken, Ulrich (1992): “Begriffe und Konzepte für Aufklärung. Zur Problematik einer Begriffsgeschichte als vergleichende Lexikologie der Aufklärung”, en: Jüttner, Siegfried / Schlobach, Jochen (eds.): *Europäische Aufklärung(en). Einheit und nationale Vielfalt*, Hamburg: Meiner, pp. 95-105.
- Ricken, Ulrich (2002): “Zum Verhältnis vergleichender Begriffsgeschichte und vergleichender Lexikologie”, en: Bödeker, Hans Erich (ed.): *Begriffsgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*, Göttingen: Wallstein, pp. 29-48.
- Rubio, Antonio (1937): *La crítica del galicismo en España (1726-1832)*, México: Ediciones de la Universidad Nacional de México.

- Sánchez-Blanco, Francisco (1988): “La situación espiritual en España hacia mediados del siglo XVIII vista por Pedro Calatayud: lo que un jesuita predicaba antes de la expulsión”, en: *Archivo hispalense* 217, pp. 15-34.
- Sánchez-Blanco Parody, Francisco (1991): *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, Madrid: Alianza.
- Sánchez-Blanco, Francisco (1999): *La mentalidad ilustrada*, Madrid: Taurus.
- Sarrailh, Jean (1954): *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle*, Paris: Klincksieck.
- Steinwachs, Burkhard (1985): “Was leisten literarische Epochenbegriffe? Forderungen und Folgerungen”, en: Gumbrecht, Hans-Ulrich / Link-Heer, Ursula (eds.), pp. 312-323.
- Terreros y Pando, Esteban de (1786-1793): *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes*, Madrid, en la imprenta de la Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía, edición facsímil Madrid 1987: Arco / Libros.
- Tietz, Manfred (2002): “Der Widerstand gegen die Aufklärung in Spanien, Frankreich und Deutschland”, en: Frank, Christoph / Hänsel, Sylvaine (eds.), pp. 253-273.